

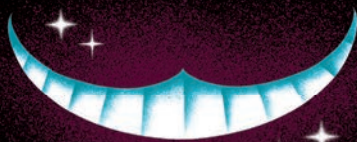
UN GIRO INESPERADO

¿Qué pasaría si el País de las Maravillas estuviera en peligro y Alicia llegase muy muy tarde?

The Queen of Hearts is depicted in a dark, stylized manner with glowing yellow eyes and a crown. She holds a black heart on a stick. Surrounding her are various floating objects: a red teapot, a red pocket watch, a red playing card, a red teacup, and a red knife. The background is a dark, swirling red and black pattern.

Feliz no cumpleaños

LIZ BRASWELL



Feliz no cumpleaños

UN GIRO INESPERADO

LIZ BRASWELL

LIBROS 

© 2021 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Clara González-Bruzos, 2021
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: noviembre de 2021
ISBN: 978-84-18939-01-3
Depósito legal: B. 16.469-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo uno

Los primeros rayos del sol saludaron jovialmente la pared de un dormitorio ya alegre de por sí. Había llovido durante la noche, una lluvia de las buenas, intensa y con enormes gotas de agua, y el día amaneció despejado y prometedor. Por la ventana, entraba una brisa de estimulante frescura. Unos cuantos gorrioncillos, compañeros de nido desde hacía una semana, gorjeaban entusiasmados sin parar, yendo de acá para allá, de tal forma que iban a acabar emprendiendo el vuelo o con una pelea de plumas. Incluso las pisadas de la señora Anderbee con sus tacones eran más vivaces que de costumbre.

Todos esos ruidos tan animados sacaron del sueño a la joven que descansaba plácidamente en su cama de forja. Abrió los ojos de par en par, moviendo sus largas pestañas. Una densa cabellera dorada le cubría la cabeza y el cuello como si fuese el halo de un ángel.

—Hoy es un día perfecto para vivir aventuras —afirmó Alicia.

Sonrió, regocijándose durante un momento por la decisión que había tomado, y luego salió disparada de la cama. Diana, una gata

tan gruñona como poco dispuesta a encarar el día de la misma manera, se tumbó donde hasta hacía un instante descansaban los pies de su ama, cerró los ojos y se quedó dormida unos segundos después.

—Lo siento, viejecita —dijo Alicia, y le dio un beso—, pero *tempus fugit*, ya sabes: el tiempo no espera a nadie.

Por supuesto, teniendo en cuenta la época y dónde se encontraba, una aventurera no podía salir por la puerta en mangas de camisa: habría sido un escándalo. Por ello, Alicia empezó la tediosa tarea de ponerse todas las capas de ropa necesarias para ir por el mundo como una respetable jovencita inglesa. A saber:

Pololos hasta las rodillas.

Un miriñaque, que parecía un cruce entre un panal de abejas y una jaula, y que consistía básicamente en una serie de aros de hierro que formaban una circunferencia menguante alrededor de su cuerpo, desde los pies hasta la cintura. Aquello sujetaba las faldas que llevaba encima como si de una campana se tratase y sus piernas fueran el mazo.

Un corsé, que ella no apretaba mucho, a pesar de la moda y la presión de las amigas, algo en lo que su hermana y ella coincidían: era una bobada. Tenía la cintura estrecha de sobra, gracias a Dios, y dejaba que la prenda cumpliera su función principal: mantener su espalda alineada y sus atributos femeninos firmes y en su sitio.

Una enagua.

Otra enagua más.

El vestido propiamente dicho, muy bonito, veraniego, de algodón azul y blanco.

Chaqueta y sombrero.

Y, por último, la cámara fotográfica.

Alicia terminó de ponerse aquellas prendas a toda velocidad y salió corriendo escaleras abajo como si no tuviera dieciocho años, sino muchos menos. Al llegar al último escalón, recordó que no debía hacer tanto ruido. Demasiado tarde.

—¡Alicia! —dijo una estridente voz femenina.

Era Matilda, su hermana, cómo no.

Como ya la habían oído, podía desayunar.

—Buenos días, madre, padre, hermana —dijo solemne entrando en el comedor.

Su familia estaba reunida en un extremo de la gran mesa, como ardillas refinadas, cascando huevos pasados por agua, untando mermelada en las tostadas y tomando sorbos de café o té. Parecían bastante a gusto en aquella elegante habitación llena de adornos. Su madre le mostró una rolliza mejilla, aún rosada, pidiendo un beso, y Alicia se vio obligada a dárselo. Su padre quedaba oculto tras el periódico, pero se las arregló para besarlo también en el extremo del bigote. A su hermana, en cambio, le dio unas palmaditas en el hombro con displicencia, como si le sacudiese un poco de caspa del hombro.

—¿Ya estás casada? —preguntó su padre tras el periódico.

—No, papá.

—Pero ¿te han echado ya el guante?

—No, papá.

—Hum, bien —dijo.

Agitó el periódico para doblar más fácilmente la página y así seguir leyendo noticias de lugares remotos, sus historias preferidas.

—¿Seguro que bien, papá? —preguntó Matilda.

Matilda era estricta, bella de un modo desconcertante, con el cabello y los ojos oscuros, mientras que su hermana era rubia. Llevaba un vestido apagado y demasiado soso, al contrario que el azul y blanco de Alicia, veraniego y alegre. De todos modos, si algún día hubiesen hecho el esfuerzo de salir juntas, y si Matilda se hubiera esmerado un poco con su aspecto más allá de peinarse, podrían haber sido las dueñas de la ciudad. No es que Alicia quisiera tal cosa, adueñarse de Kexford, aunque habría sido divertido, al menos para una de ellas.

—Tiene dieciocho —dijo Matilda metiendo cizaña mientras untaba mantequilla en una tostada con mucha seriedad.

—Y creo que tú tienes veintiséis —señaló su madre.

—Pero ¡yo tengo posibilidades!

—Sí, sí, claro que sí —se apresuró a decir su madre apaciguándola.

—Tendré a mi niñita Alicia a mi lado todo el tiempo que pueda —dijo su padre sin soltar el periódico—. No os metáis en eso.

—Mi querido amigo el señor Headstrewth tiene un amigo llamado Richard Coney —dijo Matilda volviéndose a Alicia e ignorando a sus padres—. Creo que ya te he hablado de él innumerables veces, y hasta coincidisteis un día. Un joven brillante, apuesto, con un gran futuro por delante; de hecho, ya trabaja en la campaña electoral de Gilbert Ramsbottom. Lo he invitado a...

—Ah, parece encantador, sí, muy interesante, fantástico..., manténme informada de sus actividades. ¡Buenos días y hasta luego!

Alicia le guiñó un ojo a su madre, que trataba a toda costa de no sonreír, dio la vuelta y se marchó. No fue hasta entonces cuando Matilda se dio cuenta de que su tostada con mantequilla y mermelada perfectamente preparada había desaparecido.

Mientras bajaba la soleada calle, Alicia saboreaba su desayuno robado, con la mantequilla y la mermelada tan bien untadas en el pan. Tras limpiarse los labios y las mejillas con el dorso de la mano como una gata, alzó la cara al sol para disfrutar de su templada caricia. Solo un momento, claro, para que no le dañase la piel. Se colocó el sombrero y... ¡Había olvidado los guantes!

—¡Ay de mi pellejo y mis bigotes! —dijo con un suspiro—. Qué poco decente voy hoy.

De súbito la invadió un sentimiento. No era tristeza exactamen-

te, y tampoco simple nostalgia. Había cierta felicidad en aquella sensación, tan cálida y agradable como la luz del sol. Estaba evocando antiguos sueños tan gastados como esa funda de almohada comodísima que te niegas a tirar. El País de las Maravillas. Los detalles se habían desvanecido hacía mucho, aunque las sensaciones seguían latiendo en Alicia: aventura, magia y criaturas fascinantes. Desde luego, no todas sus vivencias en el País de las Maravillas habían sido divertidas ni seguras, y tampoco es que allí la gente fuese particularmente educada ni amable. Algunas de las flores eran, de hecho, bastante violentas. Y la Reina de Corazones... ¡la quería muerta! «¡Que le corten la cabeza!» A Alicia aquella frase todavía le provocaba escalofríos. Sin embargo, nunca había vuelto a tener un sueño como aquel.

—¡Puro cuento! —afirmó Alicia, meneando la cabeza—. ¡Es un día estupendo! ¡Encontraremos la magia aquí mismo!

Y allí mismo era Kexford, un fantástico pueblo pequeño de profesores universitarios, antiguas construcciones, espléndidos parques y relucientes canales. Había brillantes paseos blancos, edificios de piedra y jardines tan pequeños y alegres que refulgían como joyas. Todo estaba ordenado y perfecto en aquel lugar sagrado, hasta los estudiantes con túnica corriendo a sus clases tras una noche de juer-ga o debatiendo acerca de Petrarca. (La casa de Alicia estaba al norte de la zona universitaria, un espacio agradable con jardines y prados, no muy lejos del centro, pero tampoco demasiado cerca como para oír el *Gaudeamus igitur* cantado a voces a las tres de la madrugada.)

Al despertar de aquel mágico sueño años atrás, la pequeña Alicia había dedicado todo su tiempo libre a buscar algo en la ciudad que le recordase al País de las Maravillas. Ningún rincón estaba a salvo de sus exploraciones: cualquier campanario en el que pudiera colarse, cada callejuela por la que escabullirse cuando

sus padres le diesen la espalda. De arriba abajo, no quedaba piedra por levantar. Y había buscado sobre todo por la parte inferior, en madrigueras de conejos, setas, diminutas orugas y grandes telarañas, montacargas e ínfimas puertas en casas ajenas que no deben abrirse nunca.

Su botín contenía muchas más cosas que los típicos objetos que coleccionan los niños: llaves de latón, botellitas de cristal, trozos de galletas raras, un par de guantes blancos y pedazos de papel con las palabras CÓMEME y BÉBEME cuidadosamente escritas. Las leyó una y otra vez, tratando de hacerlas encajar en su memoria.

Alicia nunca había sido una niña taciturna, nada más lejos de la realidad, pero se preguntaba si era culpa suya que no hubiese vuelto a soñar con el País de las Maravillas.

*¡Esta es la fiesta del té más disparatada
que he visto en toda mi vida!
Ya me he cansado de tonterías.
Yo me voy a mi casa.*

«No más tonterías», se había dicho a sí misma entonces, y su subconsciente le había hecho caso, limitando sus salidas nocturnas a un mundo mucho menos disparatado. Así que Alicia probó suerte en la pintura dibujando lo poco que recordaba con claridad del sueño (el Gato de Cheshire, el Conejo Blanco, una llavecita dorada) o las extrañas cosas que había visto en sus exploraciones (un estudiante de orejas puntiagudas, una interesante mata de musgo y parte de un muro de piedra con enredaderas que parecía esconder la entrada a un lugar fantástico).

—Hum —había dicho su padre al ver sus bocetos.

—En mi familia tampoco tenemos grandes dotes artísticas —había añadido su madre.

—Parece que se fija en cosas curiosas, aunque no sabe reproducirlas.

—Sí, pasa gran parte de su tiempo libre mirando cosas. Tal vez necesite centrarse más en eso, aparte de dibujar, claro —había dicho la tía Vivian.

Ella tampoco sabía dibujar, pero sí modelar una obra de forma pasable y organizar encuentros literarios. También se veía involucrada a menudo en escándalos y llevaba pantalones, como los mineros. Tenía la casa llena de lámparas con flecos, piezas artísticas de sus amigos, quemadores de incienso y terciopelo. No estaba casada. De hecho, cualquier familia la habría tachado de oveja negra. Y ayudaba a su hermano y cuñada (y a la hija de estos) desempeñando ese papel a la perfección: le había comprado una máquina fotográfica a su sobrina, uno de los últimos modelos, la cámara de cajón Phoebus. Era bastante pequeña y transportable, ya que no requería trípode ni fuelle. Cabía sin problemas en una cartera mediana y se podía sacar enseguida para capturar lo que a Alicia le apeteciese, siempre que hubiera suficiente luz. Además, la tía Vivian tenía un cuarto oscuro adecuado para revelar las placas de vidrio. Era conocida por los retratos de disfraces que hacía con una cámara tradicional y muchísimo más grande.

Alicia estaba encantada. Había algo maravilloso en el propio proceso: luces y sombras, espejos y vidrios, y lentes e imágenes que aparecían como por arte de magia. Un efecto secundario de su nueva afición era que pasaba mucho más tiempo con su tía, lo que aliviaba a sus padres (intranquilos si andaba sola por las calles de Kexford) y preocupaba a su hermana (que pensaba que la tía Vivian era una malísima influencia, más licenciosa que moderna). Sin embargo, Matilda intentaba no alarmarse demasiado, ya que Alicia quería a su tía, pero ya tenía dieciocho años y sus propios intereses, que no tenían nada que ver con los artistas, el vermú, las amapolas o los pantalones.

Alicia recogía con su cámara cualquier cosa mínimamente misteriosa. Pasaba los días dando lo que llamaba *paseos fotográficos*, buscando objetos y personas que sugirieran un lado oculto o salvaje, e intentaba captarlo. Una vez que localizaba un sujeto potencial, trabajaba largo y tendido para encuadrar la escena, a veces añadiendo espejos o usando una linterna si estaba en un callejón oscuro. Luego revelaba las imágenes en el cuarto oscuro de su tía y las colgaba por su dormitorio para examinarlas y tratar de imaginar un mundo a partir de lo que veía en ellas: los destellos de rocío sobre las telarañas, desvanes lúgubres, una pila brillante de desechos que bien podría ocultar un monstruo o un poema, o bien los delicados rasgos de una niña, sus ojos inocentes y maduros a la par. Nunca les contaba a sus padres ni a su hermana nada sobre sus visitas a las zonas más sórdidas de la ciudad, pero era donde no reinaba tanto orden ni limpieza o perfección donde sentía que la magia y el sinsentido tenían oportunidad de florecer.

Y hacia allí se dirigía ese magnífico día. Bajando por la carretera en dirección al sur, y luego hacia el este, lejos del hermoso campus y los molestos estudiantes. Eligió el camino que pasaba por la tetería de la señora Yao. Era un buen día para tomar una taza de té oolong y cotillear. Pero, como aún estaba llena del desayuno, no le apetecía comerse un bollo, así que giró por la callejuela y se contentó con sonreír y saludar con la mano desde el otro lado del cristal. La señora Yao le devolvió la sonrisa y el saludo. Servía a los clientes en unas vistosas tazas y platillos desaparejados de Inglaterra, China e incluso Rusia, lo cual era mágico, muy del País de las Maravillas.

Justo al pasar la tetería, bajo un canalón, había un pequeño helecho que no estaba la semana anterior. Los curiosos ojos de Alicia descubrieron de inmediato su intenso verdor fuera de lugar y sus frondas enroscadas. Sin duda, mágico. Calibró la luz y apretó los labios con tristeza: la angosta calle estaba muy oscura, no llevaba

linterna ni espejo y solo le quedaban unas pocas placas de vidrio, no podía desperdiciarlas con malas tomas.

—Mis disculpas, joven helecho —dijo, haciéndole una leve reverencia—. Tal vez la próxima vez, cuando hayas crecido un poco o estirado como un catalejo.

Siguiendo la tortuosa calle, se adentró en una maraña de edificios, tuvo que agacharse para pasar bajo un arco y llegó a su auténtico destino. Durante un tiempo, el nombre del pequeño espacio al aire libre tuvo el nombre oficial de plaza Wellington, pero ya solo se conocía como *la plaza*. Y allí era donde jugaban muchos de los niños de la zona, sobre todo hijos e hijas de inmigrantes, o huérfanos, quienes no eran demasiado bien recibidos en parques mejores. Alicia les sacaba fotos y escuchaba las historias de sus lugares de procedencia y viajes a Inglaterra, algunos de los cuales, sobre todo los más pequeños, mezclaban con cuentos de hadas de su tierra natal.

Ese día, unos cuantos niños jugaban con una pelota en un rincón, dejando marcas en el polvo. En otro lado, tres niñas jugaban a un juego de contar, pasando del inglés al ruso o al yidis sin ningún esfuerzo. Alicia sacó la cámara y empezó a componer imágenes mentalmente.

—¡Mirad! Es la famosa chica inglesa que les saca fotos a los pobres pero lindos niños extranjeros.

Alicia se dio la vuelta, ofendida tanto por las palabras como por el tono. Un joven, no mucho mayor que ella, que estaba apoyado tranquilamente sobre la deteriorada estatua de un cañón, le dedicó una sonrisa indescifrable. Su vestimenta difería bastante de la del resto, más de adulto; para empezar, su ropa estaba limpia y planchada, y era gris y de trabajo: chaqueta impecable y chaleco a medida. No llevaba reloj, aunque su corbata púrpura parecía de seda y cara, y el sombrero estaba cepillado con cuidado. Bajo este, asomaba un cabello pelirrojo tan oscuro que era casi negro, recortado con precisión

sobre las orejas y en la nuca. Tenía los ojos color avellana claro, tirando a naranja, y sus mofletes mostraban un saludable tono rosado.

—Dígame —siguió diciendo mientras se agachaba para acariciar a un gato callejero que desapareció enseguida por una esquina—, ¿a sus clientes les gusta soltar lágrimas de cocodrilo viendo fotos de la otra mitad del pueblo y conociendo su forma de vida?

—¿Disculpe? —dijo Alicia con sequedad, enderezándose—. Estas fotografías son para uso personal o para exposiciones privadas con mi tía destinadas a un público reducido y discreto. No soy ninguna vampiresa de la caridad que se alimenta del dolor ajeno.

—Ah, ¿y qué sabe usted de su dolor?, ¿acaso los conoce? —dijo presionándola.

Alicia se quedó mirándolo fríamente durante unos segundos.

—Esa niña de ahí, la de la chaqueta con un botón grande de hueso, se llama Adina; es de un poblado que está demasiado lejos de San Petersburgo como para mantenerse a salvo de las masacres de judíos. Su madre murió, y la única familia que le queda son su padre y su tía Silvy. —Señaló a otro niño—. Ese es Sasha, tendrá cinco años y prefiere el queso a los dulces. Su madre trabaja cosiendo a destajo, y su padre recoge trapos para vender a las compañías papeleras.

»Nunca he sido condescendiente con ellos y jamás los chantajeo con caramelos o monedas. Si traigo algo, me aseguro de que haya suficiente para todos ellos y solo porque me agrada hacerlo. Trato hasta al más pequeño con tanta amabilidad y respeto como espero yo misma de cualquiera —dijo poniendo énfasis en lo último, mirando fijamente al desconocido.

—Está bien, está bien. —El joven soltó una carcajada—. Lo siento, la he acusado sin conocerla. He sido un canalla.

Inclinó la cabeza, y no fue de manera irónica.

—Le perdono —dijo Alicia con educación, aunque todavía distante—. ¿A quién tengo el placer de dirigirme?

—Katz —respondió, quitándose el sombrero—. Don Abraham Joseph Katz. Abogado en Alexandros e Ivy. Puedes llamarme Katz. A tu servicio.

—Yo soy... —empezó a decir Alicia.

—Ya, todo el mundo conoce a Alicia y su cámara por aquí —la interrumpió el hombre moviendo una mano—. La inigualable Alicia. Ahora en serio, tienes que entender que estos niños, incluso habiendo crecido aquí como nosotros, no han tenido buenas experiencias con tus compatriotas. O los desprecian y se burlan de ellos, o reciben una mísera limosna y sufren explotación. Rara vez hay término medio.

—¿Nosotros? Tienes acento... —dijo Alicia dudosa, sin saber si estaba siendo maleducada—. Pareces inglés.

—Yo nací aquí, pero mis padres no —contestó encogiéndose de hombros—. Ellos trabajaron duro, y yo me esforcé en los estudios. Ahora ayudo cuando puedo de manera altruista. A veces se necesita a alguien con poder legal que saque a un niño del hospicio o a su padre de la cárcel. O aún peor. A veces alguien, digamos con una cámara, se lleva a un niño para exhibirlo, o supuestamente por caridad, o... cosas de las que es mejor no hablar.

—Eso es horrible —dijo Alicia compungida—. Siento muchísimo todo eso. Sin embargo, no puedes culparme a mí por las acciones de mis espantosos compatriotas. Es como si yo os tratase mal a todos solo porque haya llegado una mala persona desde Rusia.

—Tienes razón —convino de inmediato—. En tal caso, me ofrezco por si algún día quieres retratarme. Soy hijo de inmigrantes y adulto, por lo que puedo consentir legalmente el uso de mi imagen, si se diese el caso.

Su tono no era en absoluto inapropiado. No le guiñó un ojo ni dijo nada con segundas intenciones. Sonreía de modo inocente, ni siquiera inclinaba la cabeza como si posara. Alicia ni se sentía amenazada ni notaba que estuviera coqueteando con ella. Era algo raro.

—Hablas mejor que mucha gente de aquí —dijo, preguntándose a la vez qué significaban sus propias palabras—. Por lo menos, mejor que mis vecinos.

Pero ¿de qué estaba hablando? ¿Había sido grosera? Si el chico se había criado allí, acababa de decírselo, claro que hablaba su lengua a la perfección.

—¿Recuerdas que soy abogado? También hablo ruso y latín. *Quo usque tandem* y todo eso. Y debería aprender francés, por lo menos para saber pedir el vino.

Alicia sentía que el mundo daba vueltas, como si estuviese cayendo por una madriguera. Había conocido a aquel extraño de una forma también extraña. Por lo general, o evitaba a los hombres que le presentaba su hermana, o se olvidaba enseguida de los que conocía ella misma. La mayoría de ellos eran aburridos y resultaba muy poco probable encontrarse con ellos en aquella plaza olvidada. Todos gastaban bromas desagradables sobre los niños romaníes, y pensaban que ella no las entendía. Nunca había sentido deseos de fotografiar a aquellos hombres. A diferencia de lo que le pasaba con el señor Katz.

—No he traído suficientes películas hoy —mintió Alicia.

Tenía muchas fotografías en casa de su tía Vivian esperando que las revelara. Era eso lo que debería haber estado haciendo en vez de pasear.

—Me he dado cuenta justo cuando te has dirigido a mí —añadió.

—Estaba bromeando con lo de la foto. Es que no tengo nada más que mi buen aspecto para ofrecerte a modo de disculpa. Deberías llevar un paquete de caramelos encima. Recuerda tener siempre algún dulce para emergencias; podría salvarte la vida. Si tienes ratas en casa, también podría atraparlas. Tengo un amigo experto en ello.

—No será necesario —dijo Alicia deprisa—. Sé de buena tinta que en nuestro jardín no hay ratas.

—No sé, las ratas son bastante escurridizas. En ocasiones, inclu-

so llegan a ocupar cargos públicos. Y, si las dejas descontroladas, pueden trepar hasta la alcaldía.

Alicia no pudo evitar sonreír, casi se le escapa una risita. Era evidente que se refería a Ramsbottom, el candidato al que su hermana y el aburrido del señor Headstrewth apoyaban con tanto fervor. Solo había otro aspirante, aunque Alicia era incapaz de recordar su nombre (era alguien poco memorable, ya que no estaba afiliado a partido alguno ni enviaba cartas al periódico *Kexford Weekly* sobre la necesidad de construir orfanatos para los pobres, expulsar a los extranjeros o darles a los policías porras más grandes).

—Debería marcharme ya —dijo Alicia, metiendo la cámara en su cartera.

—Vuelve pronto —le rogó Katz—. Eres la persona más interesante con la que he hablado en mucho tiempo.

Nada de «eres una luz en un oscuro rincón del mundo» o «un bello rostro en un sombrío vecindario», ni nada de *musa*, *ninfa* o «ángel ofreciendo una rosada sonrisa a sus devotos siervos». Ninguna de toda aquella estúpida palabrería que los hombres solían dedicarle. Le estaba pidiendo que regresara porque quería hablar con ella.

Alicia le hizo una reverencia, porque sirve para pensar cuando no se te ocurre una respuesta, aunque se fue enseguida, incapaz de encontrar ninguna.